

5-DIC-88

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapo

Secretario de Gobernación
Fernando Gutiérrez Barrios

Esperemos que haya sido sólo indecisión política y no un gesto semejante al de Napoleón, que tomó del Papa la corona que éste iba a imponerle y se la colocó él mismo sobre la cabeza, para no reconocer dependencia alguna de la Santa Sede. Pero fue al menos desconcertante que el gobernador de Veracruz, Fernando Gutiérrez Barrios, se adelantara algunas horas al anuncio oficial de su designación como secretario de Gobernación, y se encargara él mismo de comunicarla, en vez de esperar a que lo hiciera en la ciudad de México Otto Granados, quien tenía confiada la encomienda de notificar por la tarde del miércoles 30 la integración completa del gabinete presidencial.

El modo en que Gutiérrez Barrios se *destapó* solo fue, además, enmarcado en una demostración de gran presencia política, pues había hecho concurrir a su segundo informe de gobierno en Veracruz a 20 gobernadores, dos tercios del total —los faltantes estarán rumiando ahora la impertinencia de no asistir—. El gobernador hubiera podido hacer un informe normal, incluso con un mensaje sibilino que indicara su alejamiento, y por la tarde, simultáneamente con el anuncio oficial, hubiera enviado su petición de licencia a la legislatura local. Pero se eligió la vía de la espectacularidad, acaso para compensar los 33 años en que su deber lo obligó a trabajar con sigilo y discreción.

Durante ese largo periodo Gutiérrez Barrios trabajó en la Secretaría de Go-

bernación, a la que volverá ahora como titular, a cargo de cuestiones de seguridad. Dos años después de concluida su carrera en el Colegio Militar, a los 20 años —había nacido el 26 de octubre de 1927, por lo que acaba de cumplir 61 años—, y tras un curso de especialización, fue reclutado en el pie veterano de la Dirección Federal de Seguridad, cuya integración encargó el presidente Alemán al general Marcelino Inurruta y fue implantada en 1949, para realizar funciones de policía política. Ya en 1952 Gutiérrez Barrios era jefe de control político de esos servicios; ascendió a subdirector seis años después y a director general en 1964, bajo la presidencia de Gustavo Díaz Ordaz. Echeverría, con quien había compartido labores en Gobernación desde 1956, lo hizo en 1970 subsecretario, encargado de las cuestiones de segu-

ridad nacional, por lo que quedó en el centro de las operaciones contraguerrilleras realizadas en aquel sexenio. Al ascender López Portillo al poder, ratificó a Fernando Gutiérrez Barrios en la subsecretaría —en la que además se había preparado, estudiando derecho para disipar la imagen militar que lo acompañaba—. Tanto poder ejercía el subsecretario, que López Portillo anota en su diario, con ocasión del nombramiento de José Antonio Zorrilla como director de Seguridad, que siendo éste “gente de Gutiérrez Barrios”, “quedo en sus manos”.

Desde aquellos cargos y después, cuando fue director de Caminos y Puentes Federales de Ingresos y gobernador de Veracruz, Gutiérrez Barrios proyecta una imagen contradictoria: lo elogia Fidel Castro; el jefe peronista juvenil José Ma-

nuel Abal Medina recibe de él protección y calor cuando viene a México exiliado; don Manuel Buendía le profesaba respeto. Pero, al mismo tiempo, sus funciones en torno de la seguridad favorecen a que, por ejemplo, doña Rosario Ibarra de Piedra lo califique a menudo de represor y otros adjetivos más fuertes.

Gutiérrez Barrios ha hecho un sostenido esfuerzo por despojarse de su imagen de policía político. No lo ha conseguido por completo, entre otras cosas porque mantuvo su afición, o su necesidad, a emplear técnicas de seguridad nacional en sus actividades ajenas a ella. Mal la pasaremos si su nombramiento en Gobernación anuncia, mecánicamente que se espera de él una actuación como la que observó en sus estancias anteriores en esa secretaría.